

tos; otros de muchas torrecillas que parecen sacadas más de dentro de las otras, de modo que dando un golpe á la más alta, todo el campanario debe embutirse como un anteojo; otros son sutiles como minarettes, casi enteramente contruidos de hierro, adornados, dorados, calados, transparentes; otros coronados de medio arriba de balaustradas, terrados, arcos y columnas; casi todos rematados por un globo ó una corona de hierro de forma de cebolla, que sostiene á su vez una bola y ésta un asta-bandera, sobre la que suele haber aún cualquier objeto, que acaso tampoco es el último; lo mismo que las torrecillas que hacen los niños, superponiendo todo lo que tienen á mano.

Entre los edificios monumentales—que no son muchos—figura el Palacio Real, el primero de los palacios de Holanda, edificado entre 1648 y 1655 sobre trece mil seiscientas cincuenta y nueve estacas, grandioso, pesado y oscuro, cuyo mayor ornamento es una sala de baile, considerada la más grande de Europa; y su mayor defecto, no tener portal, por lo que se llama comunmente la casa sin puerta. Para contraste, el edificio de la Bolsa, que se eleva en frente, fundado sobre treinta y cuatro mil estacas; se llama la puerta sin casa, porque no tiene nada notable á no ser un peristilo de diez y siete columnas; juego de palabras que todos los holandeses dicen á los extran-

jeros, sonriendo imperceptiblemente con el borde de los lábios. El que llega á Amsterdam en la primera semana de la Kermesse, que es el Carnaval de Holanda, puede ver en este edificio un espectáculo curiosísimo. Durante siete dias, á las horas en que no se negocia, está abierta la Bolsa para toda la chiquillería de la ciudad, que la invade, haciendo un ruido infernal con pitos, tambores y gritos; licencia que, si dice verdad la tradicion, ha sido concedida por el Municipio en honor de algunos muchachos que, jugando cerca de la antigua Bolsa en tiempo de la guerra de la Independencia, descubrieron á los españoles que se preparaban á volar el edificio con un ponton lleno de pólvora, y corrieron á avisar á los ciudadanos, frustrando así el intento del enemigo. Además del Palacio Real y la Bolsa, son bellos ornamentos de Amsterdam, contruido de cristal y de hierro, y rematando por una cúpula ligerísima, que de lejos, cuando le dá el sol, parece una gran mezquita, y como monumentos históricos, las viejas torres que se elevan en las riberas del puerto.

Entre estas torres hay una que se llama *Torre del rincon de los llorosos* ó *Torre de las lágrimas*, porque allí se embarcaban en otro tiempo los marinos holandeses para sus larguísimos viajes, y sus familias iban junto á aquella torre para saludarlos y verlos partir, y lloraban. Sobre la puerta hay un tosco bajo-relieve, marcado con la fecha

de 1569, que representa el puerto, una nave que parte y una mujer que llora, y fué puesto allí en conmemoracion de la mujer de un marinero, que murió del dolor causado por la marcha de su marido.

Casi todos los extranjeros que van á ver aquella torre, despues de haber echado una ojeada al bajo-relieve y á la *Guía*, que explica su significado, se vuelven hácia el mar, como buscando el buque que parte, y se quedan pensativos. ¡En qué piensan? Acaso en lo que pensé yo mismo.

Siguen á aquella embarcacion á los mares árticos, á la pesca de la ballena ó en busca de un nuevo camino para las Indias, y en su mentese desarrolla como una vision la epopeya tremenda de la marina holandesa en medio de los horrores del polo: los mares llenos de hielo, el frio que hace caer á pedazos la piel de las manos y de la cara; los osos blancos que se arrojan sobre los marineros y despedazan las armas con los dientes; los caballos marinos que acuden en bandadas para volver las chalupas, las rocas de hielo arremolinadas por las olas y por el viento, y las vastas llanuras heladas é inmóviles que aprisionan y destrozan las flotas; las islas desiertas, sembradas de cadáveres de marineros, de esqueletos de naves, de cinturones de cuero, roídos por los hambrientos náufragos en la desesperacion de la agonía; las manadas de ballenas que giran en torno de las

embarcaciones, las formidables contorsiones del mónstruo herido en las ensangrentadas aguas, las lanchas volcadas de un coletazo, los náufragos vagando medio desnudos entre la niebla y las nieblas, las chozas cavadas en la nieve, y los sueños que acaban en la muerte. Despues, inmensas soledades blancas y brumosas, donde no se oye más ruido que el de los remos de las lanchas, repercutido por las cavernas y los gritos lamentables de las focas; otros desiertos donde no hay ni señales de vida; las montañas de hielo descomunales, los inmensos espacios desconocidos, las nieves seculares, el invierno eterno, la tristeza solemne de las noches del polo, el infinito silencio que dá pavura al ánimo, los marineros consumidos, desfigurados, delirantes, que se arrodillan en el puente y tienden las manos juntas hácia el horizonte encendido por la aurora boreal, pidiendo á Dios les conceda ver otra vez el sol y la pátria.

¡Hombres de ciencia, comerciantes, poetas, todos se inclinan ante las humildes avanzadas que han trazado con sus esqueletos sobre las inmaculadas nieves del polo el primer sendero de la vida!

Desde esta torre, volviendo á la derecha y siguiendo el camino á lo largo del puerto, se llega á *Plantaadije*, extenso barrio compuesto de dos islas unidas por muchos puentes, en el que hay un parque, un jardin zoológico y un jardin botánico, que forman grande oasis verde y alegre, en

medio de las aguas lívidas y las casas negras.

Allí hay conciertos, fiestas nocturnas, y concurre la flor de la hermosura de Amsterdam; flor que para fortuna de los viajeros de fibras sensibles dá un perfume suave, pero no ataca á la cabeza. Para ese peligro, en todo caso, no hay mejor refugio que el jardín zoológico, propiedad de una compañía de quince mil sócios, el más bello jardín zoológico de Holanda, que los tiene bellísimos, y uno de los más ricos de Europa, en el que se olvidan fácilmente, entre las salamandras del Japon, de las serpientes boas de Java y de los *bradypi didactyli* de Surinam, los rostros pálidos y los ojos azules de las bellas calvinistas.

Desde la Plantaadije, pasando por varios puentes, se llega á la gran plaza, no sin flanquear diversos canales del *Boter Markt*, donde hay una estatua colosal de Rembrandt y las oficinas del Consulado italiano. Desde esta plaza, se vá al cuartel de los judios, que es una de las maravillas de Amsterdam.

Para ir, pregunté el camino á nuestro Cónsul, agradabilísima persona, que me respondió:

—Vaya Vd. derecho hasta que dé en un barrio, el más súpicio de cuantos ha podido imaginar, el *non plus ultra* de la suciedad; no puede equivocarse: no se perderá Vd.; llegará al *gueto*.

Me puse en marcha, y ya comprenderán mis lectores con qué género de curiosidad. Pasé al

lado de una sinagoga, me paré en una encrucijada, enderecé luego por un callejon, y al fin fuí á parar en el gueto. Mis esperanzas fueron superadas con mucho.

Es un laberinto de callejuelas fangosas y súpicias, flanqueadas por casas viejísimas que parecen á arruinarse. Entre las cuerdas extendidas de ventana á ventana, desde los antepechos, en los clavos de las puertas, por todas partes, ondean sobre los muros húmedos, camisas remendadas, ropas hechas girones, vestidos raidos, sábanas manchadas y harapos.

Delante de las puertas y en los dinteles mismos, hállanse expuestas viejas y súpicias mercancías. Pedazos de muebles, fragmentos de armas, objetos de devocion, partes de uniformes, restos de instrumentos, piezas de juegos, hierro viejo, trapajos, todo aquello que no tiene nombre en lenguaje humano; todo aquello que ha destrozado ó cambiado de forma la miseria, la vejez, el fuego, la ruina, el desórden, la disipacion y la orgía, las enfermedades ó la muerte; todo aquello que los criados tiran, los traperos rechazan, los mendigos desdeñan y los animales dejan de olfatear; todo lo que ensúpicia, hiede, levanta el estómago y contamina con su peste, todo eso se encuentra en montones destinados á misterioso comercio, á imprevistos acomodos y á increíbles trasformaciones. En aquel cementerio de cosas, en aquella Ba-

bilonia de inmundicia, se agita un pueblo macilento y miserable, al lado del cual, los gitanos del Albaicin de Granada, son gente pulera y perfumada. Como en todos los países, también aquí han tomado á préstamo del pueblo en que viven el color del pelo y de la piel, pero conservando la nariz acaballada, la barba puntiaguda, el cabello crespo, todos los rasgos característicos de la raza semítica.

El vocabulario carece de palabras que den imagen aproximada de aquella gente. Cabelleras en las cuales jamás entró el peine; ojos que producen repugnancia; delgadez de cadáveres y de consumidas mómias; fealdades que dan compasión; viejos que apenas conservan la figura humana, envueltos en toda clase de vestidos, en los que no se reconoce ya ni forma ni color, y cuyos individuos se ignora á qué sexo pertenecen, de dónde salen, y que se alejan al pasar por nuestro lado hablando solos y agitando las manos de esqueleto. Todo se hace en medio de la calle; las mujeres frien el pescado en sus pequeños hornillos; las muchachas duermen en la cuna á los niños; los hombres pasean su repulsiva vejez; los muchachos semi-desnudos se revuelcan en el pavimento, cubierto de restos de legumbres y espinas corrompidas de pescado; los decrepitos ancianos, sentados en el suelo, arañan su rugosa piel con sus uñas de gato para desalojar los parásitos de su cuerpo inmundo, y descubren con la incons-

ciencia propia del animal, por bajo de sus andrajosos vestidos, miembros de los cuales huye horrorizada la vista.

Caminando á lo largo de las calles, de puntillas, tapándome las narices y procurando huir la mirada de las cosas cuyo aspecto no habría podido resistir, recorrí casi todas aquellas callejuelas; y cuando salí á la orilla de un largo canal, en sitio abierto y limpio, me pareció haber caído en el paraíso terrenal, y aspiré con voluptuosidad el aire impregnado de suave fragancia.

En Amsterdam, como en todas las demás ciudades holandesas, hay muchas sociedades particulares, algunas de las cuales alcanzan la categoría de grandes instituciones nacionales.

Entre ellas debe citarse la *Sociedad de utilidad pública*, fundada en el año 1784, que es casi un segundo Gobierno para Holanda. Su fin es la educación del pueblo, á la cual provee con la publicación de libros elementales, lecturas públicas, bibliotecas para los obreros, escuelas de instrucción primaria, escuelas profesionales, escuelas de canto, casas de asilo, cajas de ahorros, premios á la virtud, y honores y menciones para los actos de valor y abnegación.

La Sociedad, dirigida por un consejo de administración compuesto de diez individuos y de un secretario general, cuenta más de quince mil socios, divididos en 300 grupos, los cuales for-

man otras tantas sociedades independientes, desparramadas en las ciudades, en los pueblos y en las pequeñas aldeas del Estado. Cada socio paga poco más de diez pesetas al año. Con la suma—modesta respecto á lo vasto de la institucion,—que esta tasa produce, la Sociedad ejercita, como dice Alfonso Esquiróz, una especie de magistratura anónima sobre las costumbres públicas; reúne, á la vez, con el vínculo de beneficencia imparcial todas las sectas religiosas; esparce con mano liberal por toda el país, instruccion, socorros, consuelos; y como nació independiente, obra y procede fiel al principio de los holandeses, de que el árbol de la beneficencia debe crecer y desarrollarse sin necesidad de puntales.

Otras Sociedades, como la de *Arte y Amistad*, *Felix Meritis*, *Doctrina y Amistad*, tienen por objeto el incremento de las ciencias y de las artes, promoviendo concursos públicos, lecturas y conferencias, siendo al propio tiempo espléndidos sitios de cita, donde se encuentran hermosas bibliotecas y casi todos los grandes periódicos de Europa.

Sobre las instituciones caritativas de Amsterdam podría escribirse un libro. Conocida es la frase de Luis XIV, al disponerse á invadir Holanda, dirigida á Carlos II de Inglaterra: «No tengais temor alguno por Amsterdam; tengo la firme esperanza de que la Providencia la salvará

aunque no fuera por otra cosa que en pago de su caridad para con los pobres;» allí todas las desventuras humanas encuentran asilo: y es admirable entre todos el Hospicio de los huérfanos de ciudadanos de Amsterdam, que tuvo el honor de hospedar á aquel inmortal Van Spyek, el cual en 1831 salvó sobre las aguas del Escalda la honra de la bandera francesa con el sacrificio de su vida.

Estos huérfanos visten un traje curiosísimo, mitad encarnado y mitad negro; de modo que mirados de perfil parecen por un lado vestidos para una fiesta de carnaval, y mirados por el otro, para una ceremonia fúnebre. Este original uniforme, ha sido elegido con objeto de que se les reconozca por los taberneros, á los cuales les está prohibido dejarlos entrar en sus tiendas, y para que los empleados del ferro-carril no los dejen viajar sin el permiso de los directores; lo cual, dicho sea de paso, se habria podido obtener con un traje menos ridículo. Estos huérfanos bicolores, se ven en todas partes lozanos, limpios y corteses, llevando la alegría al corazon de quien los contempla. En todas las fiestas públicas ocupan el primer puesto; en todas las ceremonias solemnes se escucha su canto; la primera piedra de los monumentos nacionales, la colocan sus manos; el pueblo los ama y los honra.

Para acabar de hablar de los establecimientos, seria preciso recordar las industrias particulares

de Amsterdam, tales como el refino del bórax, del alcanfor y de otras industrias, y la fabricacion del esmalte; pero es asunto que debe dejarse á los viajeros enciclopédicos. Merece, sin embargo, mencion especial el pulimento de los diamantes, que es una de las principales industrias, la cual, en Europa, fué secreto de los judíos de Amberes y Amsterdam, y hoy todavía la ejercitan casi únicamente los circuncisos. Este comercio asciende anualmente á la suma de cien millones de pesetas y provee á la vida de más de diez mil personas. Uno de los más bellos talleres es el situado en Zuanenburgerstraat en el cual los obreros explican en francés las tres operaciones del corte, el primer pulimento y el pulimento definitivo, hechas á la vista de los visitantes, con una gracia y una destreza admirables.

Es original ver aquellas humildes piedrecitas semejantes á trozos súcios de goma arábica, que si se encontrasen en casa las arrojaríamos por el balcon con las puntas de los cigarros, verlas, digo, trasformarse en pocos minutos, encenderse, iluminarse, animarse con una vida fulgurante y alegre, como si comprendieren el destino que las arrancó de las entrañas de la tierra para ponerlas al servicio de las pompas del mundo. ¡De cuántas extrañas variaciones serán testigos, actores ó causa aquellas piedrecitas que el operario estrecha entre los dedos de su ferrado guante! Irá

acaso á brillar en la frente de una reina que una noche la abandonará en los cajones de su *secretter* para sustraerla á la muchedumbre que ha derribado las puertas del palacio. Caida en manos de un camorrista, centelleará despues de algun tiempo en la mesa de un juzgado, al lado de un puñal manchado de sangre.

Pasará por una larga série de sucesos, de fiestas nupciales, de convites y de bailes, salvando luego el dintel del Monte de Piedad, ó acaso subiéndolo y bajándolo de carruaje en carruaje y yendo de mano en mano, de país en país, vendrá á detener sus destellos en el dedo de alguna princesa la noche de una nueva ópera en el teatro de San Petersburgo. De aquí, saltará, como estrella errante, al Asia Menor, parándose en la empuñadura del sable de un Bajá, y quién sabe si luego irá á tentar la virtud de una vírgen de diez y seis años en el barrio de San Antonio de París, ó á adornar el reloj del tataranieta de aquel obrero que precisamente pulió la linda piedra, dándole entrada en la vida del mundo. Porque de aquellos obreros hay algunos que van comprando piedras suficientes para dejar un capital á sus descendientes. Entre otros ejemplos de lo que ganan puede citarse el de hace algunos años, en los talleres de Zuanenburgerstraat, donde el viejo israelita que trabajó el famoso diamante Koynor, ganó, además de la gran medalla de honor de la Exposicion